



## 9. Miguel Romero (1945-2014), revolucionario irreductible

# Miguel Romero: enlace, transmisión y herencia

*Josep Maria Antentas*

El inicio de los años noventa representó un punto de inflexión en la trayectoria política y militante de Miguel Romero, marcado por una doble derrota: de la izquierda en general ante el ascenso del neoliberalismo, y de la propia corriente política en particular, a raíz del fracaso de la unificación entre la LCR y el MC. Tras esta, el Moro continuó su compromiso político y partidario pero ya sin tareas de dirección, dedicando el grueso de sus esfuerzos a la edición de la revista *VIENTO SUR* desde su fundación, en febrero de 1992, en adelante.

Tocaba entonces mantenerse precariamente a flote en medio del naufragio. Solo con la certeza de la senda escogida a mitad de los sesenta, a pesar de los errores cometidos por el camino. Solo con la certeza de la lucha librada, a pesar de los magros resultados obtenidos. “Nos hemos equivocado a veces, incluso a menudo, y sobre bastantes cosas. Al menos, no nos hemos equivocado ni de combate ni de enemigos”, recordaba Daniel Bensaïd (2004, p. 18) en su autobiografía.

Miguel Romero tuvo en su itinerario militante una doble identidad política y revolucionaria. Las dos dimensiones de ella se sobreponen y entrecruzan permanentemente, pero también se distinguen cronológicamente y se encabalgan (años 60-70-80 y 90-00-10). Fue “un comunista que combatió y no claudicó ante el estalinismo”, como a él le gustaba definir la identidad política fundacional de la LCR. Y, también, “un anticapitalista que combatió y no claudicó ante el neoliberalismo”. Este fue el significado de su activismo en las últimas décadas de su vida, para el cual la identidad política forjada en los sesenta y setenta sería una herencia y un bagaje a la vez imprescindible e irrenunciable y a la vez objeto de reevaluaciones permanentes.

En pleno vendaval, navegando a contracorriente en océanos desconocidos y con una carta de navegación cada vez más confusa, había que mantener, sin

embargo, una mirada escrutadora hacia el horizonte, a modo de un Sherlock Holmes tras las pistas del más difícil de sus casos, para no olvidarse de la estación de destino ni perderse irreversiblemente por el camino. Lejos de despedirse de la “revolución” se trataba, nos recordaba el Moro, de trabajar para su “regreso”, de no cejar en el empeño, pues “en esta esperanza activa, vigilante, atenta al presente, al momento en que puede saltar o desarrollarse la lucha está, creo yo, la vitalidad de quienes no decimos “adiós” a la revolución, sino esperamos tozudamente darle la bienvenida” (Romero, 2009 [1992], p. 201).

A la postre, no haber arrojado la toalla, no haberse dado por vencido, acabaría valiendo la pena. “Por supuesto, tuvimos muchas más noches de derrota que mañanas triunfantes. Pero acabamos con el Juicio final de siniestra memoria. Y, a fuerza de paciencia, ganamos el derecho precioso a recomenzar” (Bensaïd, 2004, p. 30). Un derecho que el Moro no quiso desaprovechar y por el que, lejos de aguardar pasivamente, luchó activamente para hacerlo realidad. A pesar de las perspectivas sombrías tras el hundimiento de comienzos de los 90 no dejó pasar ninguna oportunidad para coger el primer e inesperado tren que se presentó, y empezar desde muy abajo a remontar el vuelo, en forma de los primeros despuntes de lo que acabaría por llamarse movimiento “antiglobalización” y que eclosionaría en Seattle en 1999.

Un derecho a recomenzar que se manifestaría en toda su plenitud política en los últimos años de su vida cuando la “gran crisis” capitalista abriría de nuevo el camino para una política de ruptura con el orden establecido, aunque en muy difíciles condiciones y precarios puntos de partida. Sin duda, no haber cedido nunca ante el adversario había valido la pena. Sin duda, no haberse confundido de enemigo había sido lo correcto. Lo más digno. Lo más valiente. Para ello fue importante, nos decía, no convertir las derrotas en fracasos: “Entender la diferencia entre una derrota y un fracaso es fundamental para construir una organización revolucionaria. La derrota puede ser, y es frecuentemente, la conclusión de una lucha necesaria; la tarea entonces es cómo continuar. El fracaso llega cuando se considera que la lucha fue un error o que ya no tiene sentido; la consecuencia general es la desmoralización o el abandono” (Romero, 2007, p. 109).

## **Esperanzas altermundialistas**

El Moro siguió muy de cerca desde el principio la trayectoria del movimiento zapatista a partir de su alzamiento el 1 de enero de 1994. Tras las reorganización del mundo operado entre 1989 y 1991, la derrota sandinista en 1990 y los posteriores “procesos de paz” centroamericanos en los que las grandes esperanzas revolucionarias quedaron en el olvido, la proclamación del “nuevo orden mundial” por parte de Bush padre y del “fin de la historia” por Fukuyama en 1992, el alzamiento zapatista fue una primera señal que abría, en plena derrota global ante el neoliberalismo, nuevas posibilidades imprevistas.

A pesar de sus desacuerdos teóricos, estratégicos y políticos, tuvo una gran simpatía y estima por los zapatistas, como se refleja en sus escritos y en la atención que *VIENTO SUR* dedicó a su lucha. Al igual que tantos otros, consideraba que el zapatismo marcó el inicio del lento, e imprevisto, repunte de las resistencias sociales al neoliberalismo durante la segunda mitad de los noventa:

Más allá de su fuerza simbólica, el zapatismo identifica al enemigo común (el neoliberalismo); cuestiona las ideas tradicionales de la izquierda sobre la lucha por el poder; afirma que el protagonismo de la acción colectiva debe estar en la “sociedad civil” (en su acepción de “los de abajo”) y propone el encuentro entre todas las resistencias al neoliberalismo y todas sus víctimas, rechazando expresamente cualquier pretensión de hegemonía doctrinaria o de “vanguardia política” (Romero, 2003, pp. 221-222).

Participó en los primeros compases del entonces naciente, y aún sin nombre, movimiento “antiglobalización”, en la organización del Foro Alternativo “Las otras voces del planeta” y la “Campaña 50 años bastan” en ocasión de la asamblea general del FMI y el BM en Madrid en setiembre y octubre de 1994. En su balance de esta primeriza “contracumbre” escribía “para la mayoría de los(as) asistentes, lo más valioso de la experiencia realizada sea tal vez el encuentro mismo”, cuyo éxito era fruto de “unas condiciones de cooperación, de colaboración, de ausencia de ambición de protagonismo y de espíritu de competencia entre los organizadores, excepcionales y por ello especialmente valiosas” (Romero, 1994, p. 8).

Tras la eclosión del movimiento en Seattle, para un internacionalista militante como él fue natural implicarse en los debates del Foro Social Mundial y todas las discusiones sobre la globalización y sus alternativas. Comprendió que era allí donde había renacido, de forma tan inesperada como fugaz, una nueva posibilidad de crítica al capitalismo y la demostración de que algunos habían cantado victoria antes de tiempo. La partida no había terminado.

El Moro participó en varios de los eventos más importantes del movimiento altermundialista como es el caso del II Foro Social Mundial en enero de 2002 o el primer Foro Social Europeo de noviembre del mismo año en Florencia, sin duda uno de los hitos del movimiento en su fase de apogeo, o el segundo Foro Social Europeo en París en 2003. Tuvo el interés y la necesidad de implicarse personalmente para ver desde dentro el inesperado renacer de las esperanzas internacionalistas y siguió los desarrollos de algunas de las movilizaciones e iniciativas más relevantes del movimiento en las que participamos varios de sus compañeros, como la de Niza (diciembre de 2000) durante la cumbre de Jefes de Estado de la UE, Génova (julio de 2001) con motivo de la reunión del G8, Cancún (setiembre de 2003) durante el Encuentro Ministerial de la OMC, o el Foro Social Mundial de Mumbai en enero de 2004. Las crónicas y debates publicados en *VIENTO SUR* sobre todas estas iniciativas testimonian el interés que tuvo su editor por ellas, no tanto a veces fruto de su valoración

“Entender la diferencia entre una derrota y un fracaso es fundamental para construir una organización revolucionaria. La derrota puede ser, y es frecuentemente, la conclusión de una lucha necesaria; la tarea entonces es cómo continuar. El fracaso llega cuando se considera que la lucha fue un error o que ya no tiene sentido; la consecuencia general es la desmoralización o el abandono”

en sí de la calidad de los debates que se sucedían en el seno de la galaxia altermundialista, como de su convencimiento de que ahí era donde sucedían los hechos determinantes para la izquierda y donde se gestaba una posibilidad de renacimiento de una nueva perspectiva internacionalista para el siglo XXI.

Son muchos sus artículos, entrevistas o charlas en las que opinó sobre los retos y los desafíos de los Foros Sociales y el movimiento “antiglobalización” y su imbricación con los debates sobre la definición de una estrategia de oposición al capitalismo global. De todas las controversias altermundialistas, le interesaron en particular las discusiones sobre cómo articular una alianza internacional de movimientos sociales y los debates sobre la relación entre el “movimiento” y la “política” que tanta tinta hicieron correr en los ambientes del Foro Social.

De las distintas fórmulas utilizadas para definir al Foro en sus primeros compases, la del dirigente del MST Joao Pedro Stédile “intercambiar experiencias para articular luchas” era la que mejor se correspondía a “las expectativas de la mayoría de los participantes, en especial, quienes están más vinculados a las organizaciones y movimientos sociales” (Romero, 2002, p. 94). Más que una descripción, la fórmula expresaba un deseo o un objetivo hacia el que tender. Esta primera fase del Foro expresó una dinámica de convergencia internacional a la vez sólida y débil:

Articulación”, una palabra característica de la izquierda brasileña, es a fin de cuentas, el lema que mejor resume la etapa actual: un estado intermedio entre el encuentro y la alianza, cuyo sentido es actuar, y que incluye compromisos de acción y comunicación, respetando las características propias de quienes se “articulan (Romero, 2002, p. 101).

Si el intercambio de experiencias fue una de las virtudes sobresalientes del Foro, la articulación de luchas experimentó un balance mucho más matizado y menguante y los calendarios de movilizaciones, con la excepción del Foro Social de Florencia que lanzó la fecha del 15 de febrero de 2003 como jornada antiguerra, experimentaron problemas para incorporar “algún compromiso de acción común” real (Romero, 2002, p. 98). Estas dificultades para actuar como elemento motriz de actividades futuras fue intensificándose progresivamente a partir de 2003, una vez pasado el periodo de ascenso del movimiento altermundialista y de los Foros Sociales. Ello no quita su utilidad como lugares de

encuentro, discusión e intercambio, y de fortalecimiento interno de iniciativas sectoriales internacionales. De forma retrospectiva, haciendo repaso de los Foros, escribía en 2008:

Cada Foro terminaba siempre con un balance positivo, pero referido hacia adentro: la voluntad expresada de continuar en la lucha, la inyección de moral que recibían los participantes, la continuidad del proceso, etc., consideraciones, sin duda, muy valiosas, pero claramente insuficientes para el objetivo proclamado de ser, no solo el referente mundial de la lucha contra el neoliberalismo, sino además el lugar de elaboración de alternativas capaces de orientar las luchas sociales en esa dirección (Romero, 2008).

El debate sobre el “movimiento” y la “política” fue una de las preocupaciones del Moro y de las grandes cuestiones que atravesaron al altermundialismo. Su punto de partida fue siempre la comprensión de que este manifestara una desconfianza generalizada hacia la “política” y los “partidos” en su primera fase. Por muy injusta que a veces esta posición fuera, reflejaba un estado de ánimo extendido en aquél entonces, resultado directo del balance político del siglo XX. Desde la izquierda política, y desde aquellos que no renunciaban a una perspectiva de transformación de la sociedad que se planteara la cuestión del poder y del Estado, la actitud no tenía que ser la de descalificar los límites estratégicos del movimiento, a modo de profesores rojos siempre dispuestos a sentar cátedra ante una tropa menguante. Al contrario, se trataba de sumergirse en el movimiento real, dejarse imbuir por lo nuevo, impregnarse de él y, a partir de ahí, reflexionar y pensar políticamente. Se denotaba ahí la dimensión “luxemburguista” del pensamiento y el talante político del Moro. Ello no quita que señalara los límites de fondo del enfoque inicial del Foro en su relación con los partidos (y más en general con la política): “Una norma general restrictiva sobre “partidos” es inevitablemente injusta y no se corresponde con la experiencia real del movimiento. Hay partidos, y “políticos”, que actúan como predadores y otros que lo hacen como participantes leales en el movimiento” (Romero, 2002, p. 102).

El debate sobre la relación del Foro con la política fue cambiando al calor de los acontecimientos, marcados por el inicio de la ofensiva imperialista internacional del Gobierno Bush a partir de setiembre de 2001, la victoria de Lula en 2003 cuya política social liberal el Moro siempre criticó, la consolidación de la “revolución bolivariana” a partir de 2002 o la victoria del MAS de Evo Morales en Bolivia en 2005. Transcurrido el “movimentismo” inicial, la creciente politización de los debates en la galaxia altermundialista era algo que juzgaba positivo pero, al mismo tiempo, la forma concreta en que “regresaba la política”, basada en la subalternidad a la política institucional y gubernamental, aunque fuera respecto a fuerzas y gobiernos situados contradictoriamente en el campo de la crítica a la globalización, siempre le inquietó. El reto, tan real como difícil, era “buscar el regreso de la política entendida como una actividad

emancipadora, pero por otros caminos que nos alejen de los callejones sin salida del pasado” (Romero, 2008, p. 140). Es decir, por un lado, el regreso de la política marcaba un paso en la dirección deseada. Por el otro, la concreción de dicha dinámica no dejaba de ser problemática.

Si durante años siguió con pasión los avatares e itinerarios del altermundialismo cuando este era el principal foco de energía para una política de resistencia a la globalización neoliberal, cuando quedó patente que este movimiento se había apagado, en parte tan abruptamente como había llegado, no tuvo ninguna inercia nostálgica hacia las “instituciones” que este había creado, como los propios Foros Sociales, y más que apostar por su repetición sin chispa, giró su atención hacia el escrutinio de todos los pequeños indicios, aún imperceptibles, de la emergencia de lo que estaba aún por venir. Había que saber pasar la página y, con el bagaje de lo aprendido, buscar nuevas fuentes de inspiración y nuevas sendas para la lucha.

## **La misión del enlace**

“La misión del enlace”, así tituló el artículo que escribió en ocasión del décimo aniversario de la muerte de Ernest Mandel (Romero, 2005). Una misión que también le correspondió desde el cambio de milenio en adelante. El ascenso del altermundialismo coincidió en el tiempo con el contacto que trabó con una nueva generación militante llegada a su corriente política justo entonces. De golpe renacían así, no solo las esperanzas más generales en recomenzar de nuevo el combate contra el neoliberalismo sino también las posibilidades concretas de reconstruir un proyecto político propio. Tuvo siempre gran interés en conectar con la gente joven, y estos conectamos con él. Una conexión tan fácil como mutuamente deseada.

Fue una gran figura de referencia para todos aquellos de mi generación que compartimos militancia con él y que vivimos con pesadumbre el deterioro irreversible de su salud. Los debates con el Moro siempre estuvieron marcados por nuestras respectivas trayectorias generacionales distintas y por una socialización política en contextos históricos muy diferentes. Esto hacía que muchas veces, pensando lo mismo, metiéramos el acento en lugares distintos, invirtiéramos el peso de pros y contras, trazáramos itinerarios diferentes para querer llegar al mismo sitio. Siempre le preocupó que algunos no cometiéramos errores que le resultaban familiares, aunque tuvo claro que la audacia necesaria para levantar cabeza otra vez en la lucha contra el capitalismo tras la debacle del siglo XX tenía que venir de la mano de la nueva generación militante nacida en el albor del nuevo siglo que, “afortunadamente para ella, no lleva encima el lastre del miedo a equivocarse otra vez, que tantas veces (nos) atenaza a la vieja generación” (Romero, 2011, p. 47). Muchas veces no estaba de acuerdo con lo que hacíamos o proponíamos, aunque al final siempre se dejaba llevar por nuestro entusiasmo y prestaba una valiosa ayuda en los momentos claves.

Sus ritmos de reflexión, preocupaciones, e inquietudes, no siempre estaban acompañados con las de quienes nos tocaba hacer política concreta hoy, pero, de una forma u otra, acabábamos en los momentos cumbre para articular una visión compartida. Siempre lo percibimos como un apoyo. Como una ayuda para ir adelante.

El Moro tuvo una autoridad moral y política dentro de Izquierda Anticapitalista (IA), y entre los exmiembros de la LCR, de trayectoria posterior dispar tras la disolución de dicha organización, sin parangón. Utilizó de forma responsable esta autoridad dentro de IA, donde ejercía de militante de base y realizaba un papel de acompañamiento y apoyo, crítico cuando era necesario, de las decisiones e hitos propuestos por la dirección. La no asunción de tareas cotidianas de dirección le permitía discutir los problemas y afrontar los debates políticos desde una cierta distancia crítica que le prevenía de las pasiones y excesos propios de la política diaria. La suya era una mirada de las cosas suficientemente desde dentro para sentir las propias, pero suficientemente desde fuera para tener perspectiva. Ni protagonista principal, ni observador externo. Esta diferencia de posición hizo también que no siempre utilizáramos las mismas gafas para ver las cosas, pero a pesar de ello las ópticas acababan casi siempre siendo complementarias.

## **Herencia y transmisión**

Miguel definió una vez a Mandel como “un hombre de respuestas en un tiempo de preguntas” (Romero, 1995). En los años 90 y 2000 creo que él, en cambio, intentó más bien enfatizar las preguntas y buscar respuestas provisionales a modo de indicaciones para empezar a moverse, lo justo para no despistarse irremediabilmente en un mundo en rápida mutación, pero lo suficientemente abiertas y empíricas y poco racionalizadas para evitar grandilocuentes perspectivas estratégicas demasiado cerradas. Ello no implicaba caer en un dubitatisimo paralizante. “Vivimos un tiempo de preguntas. Muchas necesarias. Otras producto de una cierta estética de la ignorancia, del morboso placer del naufragio, del ‘no sabemos nada’, que ha empapado a buena parte de la izquierda en estos oscuros años 90” (Romero, 1995, p. 114) . O sea, una cosa es dejarse interrogar por lo nuevo, por la realidad en mutación, otra exhibir una ignorancia bobalicona acompañada de un desconcierto estético y de una interpretación del “avanzar preguntado” zapatista como una tabula rasa. Una cosa es recorrer un camino incierto. Otra estar perdidos en el espacio sideral sin saber a dónde vamos.

Ni empezar de cero, ni repetición beata. El secreto estriba en una relación de tensión permanente entre fidelidad y reinención de la tradición, entre lo nuevo y lo viejo. En términos generales, Miguel Romero hacía suya la fórmula de Deleuze (1996 [1977], p. 50), señalada con frecuencia por Daniel Bensaïd, según la cual “se recomienza siempre por el medio” (otra cosa es

que el Moro le diera un significado concreto, tema por tema, no idéntico a la de Bensaïd). No siempre tuvo la impresión de, colectivamente, haber acertado en este delicado equilibrio. Así, al reflexionar sobre la historia de la LCR en los 80 valoraba autocríticamente la capacidad de esta para mantener algunas de sus referencias programáticas tradicionales en el marco de la asunción de nuevas ideas y experiencias: “el problema no fue en definitiva el esfuerzo que dedicamos a cambiar, sino su articulación con lo que había que “conservar”, dentro del imprescindible proceso autocrítico sobre nuestro patrimonio político” (Romero, 2007, p. 114). El hábito ecologista del reciclaje y la reutilización era, nos decía, aplicable a la política donde había que avanzar “salvando lo que estaba vivo, reciclando siempre que era posible” (Romero, 2007, p. 114). El reto de fondo era, en cierta forma, practicar la operación hegeliana del *Aufhebung* sobre la propia tradición política (Aruzza, 2012, pp. 79-92). Es decir, una superación y preservación simultánea, una superación sin negación de lo que Daniel Bensaïd llamaba “un cierto trotskismo” cuya herencia “es, sin duda, insuficiente, pero no menos necesaria para deshacer la amalgama entre estalinismo y comunismo, liberar a los vivos del peso de los muertos y pasar la página de las desilusiones” (Bensaïd, 2007, p. 98).

Dentro del complejo debate de qué izquierda construir y qué relación de ruptura y continuidad histórica mantener, el Moro siguió con particular atención todo el proceso de creación del NPA (y, lamentablemente, de su posterior crisis) viviendo como propios los debates y los riesgos asumidos por los compañeros franceses. En 2008, en vísperas de la disolución de la LCR en pos de la creación del Nouveau Parti Anticapitaliste (NPA) Daniel escribía:

a medida que se acerca el momento del paso del testigo entre la Liga y el nuevo partido, algunos preguntan con más y más insistencia a las decenas de “veteranos”, fundadores de la Liga en 1969 o de la organización de juventud expulsada de los estudiantes comunistas, la JCR, si no sentimos nostalgia en el momento de verla desaparecer para trascender en una fuerza nueva. Para responderles, yo diría que tenemos más bien el sentimiento (y un poco de orgullo, reconozcámoslo) del trabajo realizado y del camino recorrido. Fue mucho más largo de lo que imaginamos en el entusiasmo juvenil de los años sesenta y no es fácil permanecer tanto tiempo siendo “revolucionarios sin revolución” (Bensaïd, 2008, p. 23).

Creo que el Moro, a pesar de las diferencias de itinerario, se reconocía bastante en dichas palabras y, sin duda, le hubiera gustado poder protagonizar una transmisión menos accidentada históricamente que la que le tocó vivir a él personalmente.

Añadía Bensaïd:

La herencia no es un bien, una riqueza que se recibe y que se deposita en el banco; la herencia es una afirmación activa, selectiva, que a veces puede ser reanimada y

reafirmada más por los herederos ilegítimos que por los legítimos” señalaba Jacques Derrida (1997). Ello implica que “los herederos deciden de la herencia” y a veces “le son más fieles en la infidelidad que en la beatería memorial” (2004, p. 10).

Detrás del juego de palabras hay la invitación, no a olvidarse de las experiencias pasadas, sino a leerlas con ojos abiertos dispuestos a reinterpretar permanentemente aquello que ya se cree conocer y a seleccionar aquello que todavía es útil para el combate presente, cuya incertidumbre es proporcional a la magnitud de los desafíos que se plantea.

“Con el paso del tiempo me he ido acostumbrando a que no existen soluciones simples a problemas complejos” me comentó una vez el Moro. Sin duda un buen consejo para proseguir el camino hacia delante.

**Josep Maria Antentas** es Profesor de Sociología de la UAB y miembro del Consejo Asesor de *Viento Sur*.

## Bibliografía citada

- Aruzza, C. (2012) “La femme est l’avenir du spectre?”. En F. Sabado (dir) *Daniel Bensaïd, l’intempestif*. París: La Découverte, pp. 79-92.
- Bensaïd, D. (2013) *Une lente impatience*. París: Stock.
- (2007) *Trotskismos*. Barcelona: El Viejo Topo.
- (2008) *Penser Agir*. París: Stock.
- Deleuze, G. (1996 [1977]) *Dialogues*. París: Flammarion.
- Derrida, J. (1997) *Marx en jeu*. París: Descartes & Cie.
- Romero, M. (2009 [1992]) “Adiós a la revolución”. *VIENTO SUR*, 100, 195-201.
- (1994) “2 de octubre. Una manifestación de 15.000 personas clausura el Foro Alternativo Las otras voces del planeta y la Campaña 50 años bastan ”. *VIENTO SUR*, 17, 8-9.
- (1995) “Un hombre de respuestas en un tiempo de preguntas”. *VIENTO SUR*, 23, 115-120.
- (2002) “Memorando para Porto Alegre 2003”. *Mientras Tanto*, 84, 87-103.
- (2003) “El futuro de la sociedad civil”. En J. Vidal Beneyto, *Hacia una sociedad civil global*. Madrid: Taurus, pp. 219-245.
- (2005) “Ernest Mandel: la misión del enlace”. En *Escritos de Ernest Mandel*. Madrid: La Catarata.
- (2007) “El trotskismo de la Liga”. En D. Bensaïd, *Trotskismos*. Barcelona: El Viejo Topo, pp. 99-118.
- (2008) “El Foro Social Mundial y la política: el riesgo de la extinción”. En AA VV. *El futuro del Foro Social Mundial*. Barcelona: Icaria.
- (2011) “Presentación. La izquierda contra el franquismo”. *VIENTO SUR*, 115, 47-49.